

Sebastián de la Nuez Aránega

MUDANZAS DE LA LUNA
UNA SERIE DE RELATOS

PRE-TEXTOS
NARRATIVA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *

Imagen de la cubierta: *Máscara de autor desconocido encontrada en Quíbor (estado de Lara, Venezuela)* por el artista Miguel Von Dangel e incluida en uno de sus collages.

© Osver Díaz Mireles

1ª edición: diciembre de 2019

© Sebastián de la Nuez, 2019

© de la presente edición:

PRE-TEXTOS, 2019

Luis Santángel, 10

46005 Valencia

www.pre-textos.com

en coedición con:

FUNDACIÓN CAJACANARIAS



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-17830-93-9

DEPÓSITO LEGAL: V-3110-2019

IMPRESO EN GRAPHYCEMS

YURI

A veces sueño que voy caminando descalzo por el pasillo, siento el suelo de listones de madera quejumbrosa bajo los pies. Es Obispo Codina, n.º 3, primera planta, donde vivíamos con mi madre pues mi padre se había marchado rumbo a La Guaira para hacer las Américas, como decían entonces. En el sueño, las habitaciones a mi derecha tienen las puertas abiertas y las hojas de las ventanas en esos cuartos dejan entrar el sol mañanero, que ilumina y entibia mi camino. Al fondo del pasillo, si giro a la izquierda, la cocina. Enfrente, el único baño de la casa con una de esas cisternas en lo alto desde la cual pende una cadena. Tengo siete años y la vida queda adelante, bajando las escaleras de peldaños desiguales con balaustrada de hierro (al menos la recuerdo de ese modo). Queda atravesando el zaguán, más allá del muelle, tomando un correillo en una noche de septiembre rumbo a Santa Cruz de Tenerife

para luego montarnos en el trasatlántico de bandera portuguesa *Santa María*, de la Companhia Colonial de Navegação. El futuro es zarpar, cruzar las profundidades del mar que hace espuma a lo largo de la línea de flotación varios pisos por debajo del niño asomado a la quilla. El niño que observa con la cara salpicada de sal no sabe que acaba de trepar sobre los lomos de otro mundo, ancho y ajeno, pero también venturosamente azaroso, caribe y colorido. Lo entenderá muchos años más tarde.

He querido volver al piso de Obispo Codina, pero la prima de mi padre —heredó el edificio que fue propiedad del tío Agustín, un caballero que era una torre vestida de negro— desoyó mi súplica o no me tomó en serio. ¿Para qué volver a ese piso destartalado que hasta hace poco estuvo alquilado a un desahuciado que mide sus escasos ahorros en pesetas? Nunca sabrá la prima María Eugenia lo que quise buscar, mi necesidad de reencontrar los fogonazos de la memoria afe-rrados a puertas de madera apolillada y a esos grandes ventanales de hojas plegables; muros, recovecos, entre-sijos: atornillaron mis querencias desde los siete a los trece, cuando esa vida comenzó a desaparecer barrida entre el murmullo de luces temblorosas que van em-queñeciéndose a medida que el barco se aleja del muelle y pone proa a la inmensidad. Por mucho que hayan repintado y cambiado tuberías y cableado, Obis-

po Codina seguirá siendo esencialmente aquella estancia tibia, la misma luz de las mañanas, el mismo olor con poderes de evocación. Me aguarda todavía, lo sé porque es recurrente en mis sueños, un pedazo de pared con baldosas blancas hasta la mitad donde una vez estuvo colgado el teléfono de disco a través del cual me llamaba, de persona a persona, Yuri Gagarin. ¿Cómo olvidar los días en que me comunicaba directamente con este entrañable compañero al otro lado de la Cortina de Hierro, entendiéndonos él y yo en un idioma que no era español ni tampoco ruso, sino el de la fantasía sin fronteras, la lengua infinita con la cual se escriben las páginas viajeras de la ilusión?

Deseaba de mayor o, mejor dicho, de una buena vez, convertirme en intrépido cosmonauta, como Yuri, y aparecer en las portadas de las revistas a todo color. Como Yuri. El joven de la escafandra me hacía guiños de complicidad desde las publicaciones italianas o españolas que a veces traían los primos mayores a casa, quienes ya estudiaban una carrera universitaria en La Laguna. Llegaban con alguna golosina y despedían ese halo mundano de quien ha pasado la noche de farra en los bares del puerto con alguna chica dulce de aires extranjeros, una rubia con pecas en la nariz de las que hablan en checo y ríen en todos los idiomas mientras beben vodka del más barato.

A través de esos ventanales que ahora lucen disminuidos o encogidos –uno tiende a conservar las imágenes de la infancia a una escala superlativa, sean personas o cosas– se acaba de asomar el niño que fui. Selecciona los mejores coches que pasan por la calle sentenciando si son bonitos o feos. Es domingo, cerca de las seis de la tarde, y ustedes también pueden observarlo con sólo proponérselo: sigan los pasos de los guiris que caminan en busca de la plaza Santa Ana, punto turístico obligado. Van con su despiste acostumbrado subiendo por Obispo Codina; el n.º 3 es el edificio de tres plantas altísimas –nunca me fijé en esas alturas, de niño no sueles mirar tan arriba– en cuyos bajos verás El Canalla de Vegueta, donde venden una cerveza artesanal «sin filtrar, sin pasteurizar». Ese niño, aquel domingo, ha decidido convertirse en cosmonauta. ¿Lo he dicho ya? Es la idea que me obsesionaba y me la repetía a cada paso, por las mañanas, camino del colegio. Acaba de ver, el asomado, un reportaje sobre Yuri Gagarin orbitando la Tierra, sale en portada embutido en su casco blanco con las siglas CCCP. Sabía que antes de él los rusos habían lanzado a la perra *Laika* al espacio, que regresó a tierra sana y salva en un periquete. Yuri no pudo haber albergado en su cabeza mucha más información pertinente en su paseo orbital que la propia *Laika*, apenas debía vigilar unos indicadores, tomar nota de los efectos de la ausencia de

gravedad en su cuerpo, hacer ciertas mediciones, apretar algún botón. En todo caso, el asomado de Obispo Codina mirará la curvatura del planeta Tierra desde lo más alto.

Ser cosmonauta es algo que alcanzará con sólo proponérselo.

Mi libro favorito por entonces era *De la Tierra a la Luna*. Leía de carretilla con puntos y comas en voz alta, en clase, pero sobre todo leía en casa en vez de jugar fútbol o cualquier otra bobería, con una sola excepción: los coches a escala de Lesney. Los coleccionaba en sus cajitas que imitaban a las de cerillas, los hacía desfilar por avenidas y carreteras que yo personalmente planificaba sobre la cama o en el suelo, así de fácil.

No me gustaba bañarme, pero no había visto en ninguna de las reseñas acerca de Gagarin que fuera un piloto singularmente pulcro y perfumado, así que aquello era una preocupación menos. Alguien había comentado —quizás se lo escuché a una señora mayor que iba con su talego al mercado acompañando a mi madre— que en eso del baño los rusos son como los franceses. No supe qué quiso decir exactamente pero contribuyó a tranquilizarme. A veces me comía los mocos. Le pregunté sobre esta costumbre a Yuri en una de las ocasiones en que me llamaba a mediodía (a la hora de comer, lo hacía por complicidad conmigo porque bien sabía que yo rehuía ese compromiso, que mi madre a

veces se ponía de lo más pesada con el tema del potaje de berros y toda esa monserga); me contestó que no me preocupara por gilipolleces. Así, «gilipolleces». Que estando dentro de una cápsula espacial a cientos de kilómetros por encima de cualquier ser humano nadie se iba a dar cuenta de que me saco los mocos y me los desayuno.

Había, a la sazón, algo importante en mi cotidianidad: me encontraba perdidamente enamorado de la hija de María del Pino Callicó, tres o cuatro años mayor, lo que a mi edad era como estar enamorado de una tía abuela. Guapa y estirada, al caminar por la calle parecía flotar por encima del común de los mortales. Era desenvuelta, airosa y morena como un pan recién sacado del horno. Sus omoplatos brillaban al sol de la playa Las Canteras, arenosos, dorados.

Además de tejer proyectos, coleccionar coches a escala y hablar por un teléfono que sólo yo veía, invertía mi tiempo libre en divagar acostado en el suelo boca arriba y leer lo que cayera en mis manos. De repente tuve una especie de revelación: la conquista de la tía abuela. Una empresa de vastas proporciones, de largo aliento, propia de un joven mundano que dentro de poco –quizás esa misma noche– orbitaría la Tierra o viajaría a la Luna directo y sin escalas.

Lo pensé. Lo pensé con sentido práctico. Sopesé circunstancias y detalles; le di vueltas al asunto, tanto que

se me fue el sueño al menos durante un par de noches. Tampoco era tan ingenuo. En el hipotético caso de atreverme a abordarla, debía antes convertirme en Yuri Gagarin de veras, encarnarlo, aparecer en revistas a todo color tal como él había aparecido. Yo con mis gafas de montura de carey, naturalmente. Acostado en el suelo o sobre la cama matrimonial de mamá desfilaban grandes escenas, en pantalla de gran formato, en las que aparecía al momento de ser rescatado en las aguas del Pacífico una vez completado el periplo orbital por encargo de la NASA... De acuerdo, hay una pequeña incongruencia en la trama, la intromisión de la NASA junto a Yuri y el programa Soyuz, pero recuerden que estoy acostado boca arriba y ya he alcanzado los once o doce años, no recuerdo con exactitud, sin deslastrarme de mi capacidad para acomodar el mundo según mi conveniencia. Más escenas: yo levantando ambos pulgares en las páginas centrales de *Oggi* o *Blanco y Negro*, este servidor dándole la mano al diseñador Serguéi Koriolov y, en la siguiente página, entrenando en una máquina gravitacional, saludando a las multitudes a través de las cámaras de televisión, sentado ante una pléyade de periodistas con el retrato de Kruschev al fondo. O el de Kennedy, me daba igual.

Seleccionaba coches bonitos desde la ventana, supongo que con cara de ensimismamiento. De repente